



LA MONEDA DEL OTRO MUNDO
(Conclusion)

II.

No bien el tío Bufetas cayó de patas en los abismos de la eternidad, su angel



de guarda dando gracias á Dios de haber acabado la ingrata tarea de acompañarle durante toda su vida, lo cogió del pezuezo con unas tenazas y lo presentó en las oficinas del purgatorio.

—Ahí queda eso,—dijo.

Los ángeles encargados del establecimiento le recibieron con cariño.

—Pase usted, señor Bufetas,—le dijeron. Tome usted asiento que dentro de poco saldrá el primer tren para la gloria.

—¡Tan pronto! exclamó el tío Bufetas embargado por la alegría.

—Si amigo mio. Aquí desde el momento en que se entra, se toma el camino del cielo.



—¡Oh Dios mio! ¡pecador de mí! Yo no merezco tanto. Y... diga usted señor angel ¿cuánto tardaré en llegar?

El angel abrió un libro registró y leyó

en voz baja: «Usurero, avaro, codicioso, falto de caridad, salvado á última hora por un acto de contrición.

—Unos dos millones de años.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el viejo sintiendo caérsele del hombro las alforjas con el nombramiento de Alcalde mayor.—Yo que creía tocar el cielo con las manos.

—Hijo mio, sino las llevase usted tan manchadas!

—Pero ¡Señor! ¿no habrá manera de arreglar el negocio?

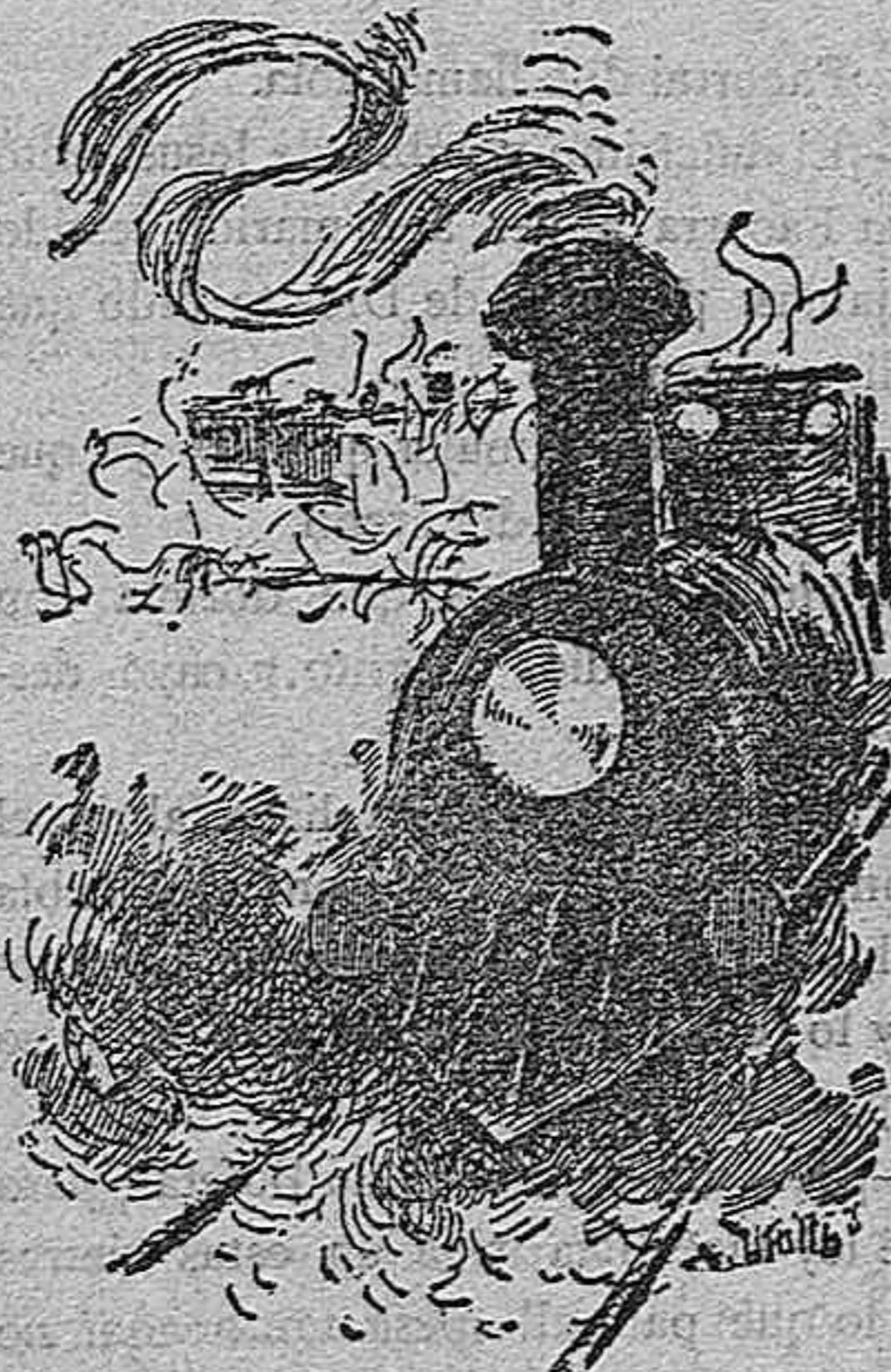
—Si hijo mio, todo puede arreglarse, pero sin perder de vista que de aquí nadie sale sin pagar hasta el último cuadrante. (1)

—Bueno, eso quiere decir que aquí hay indultos y que habrá que pagarlos.

—Justamente.

—¡Que tal! pensó el tío Bufetas ¿qué tal si no me traigo las alforjas?

—En esto se oyó un silbido y el angel dijo: «¡Al tren!»



El ex-avaro se agarró al pasamano de su coche abrió la portezuela y se coló dentro. Pero aun no habia entrado dió un chillido que se oyó en siete leguas en contorno.

—¡Qué me quemó! gritó corriendo á la ventanilla para sacar la cabeza.

—¡Que me quemó! ¡que me quemó!

(1) Moneda pequeña de que se habla en el Santo Evangelio.

gritaban por to las partes los compañeros de viaje.

Y tenían razon. La atmósfera ardía. El viento abrasaba. El coche echaba fuego. Parecia que atravesaba las entrañas de un volcan.

Fué necesario que un angel calmase al tío Bufetas haciéndole un poco de aire con las alas y anunciándole la llegada á la próxima estacion.

—¿Habrá allí agua decia el viejo?

—Sí.

—¿Y refrescos?

—Tambien.

—¿Y sorbetes?

—Sí hombre, allí hay de todo; pero tenga usted en cuenta, hijo mio, que aquí todo se paga, hasta el último cuadrante.

—¡Dale con el cuadrante!—exclamó el tío Bufetas.—¿Pero eso del cuadrante qué es?

—El cuadrante, hijo mio, es la moneda con que en este mundo se ajustan las cuentas pendientes en el otro. Es una monedita de oro muy pequeña pero de mucho peso. Porque aquí todo hay que pagarlo á peso de oro.

—¡Vaya! pensó el tío Bufetas; por oro no me asusto yo.

—¡La Esperanza! ¡veinte minutos! gritó una voz.

Las almas se precipitaron todas al anden gritando: ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!

Un ángel hermoso como la aurora repartía con un jarro de cristal un elixir delicioso que los espíritus bebían con fruicion. Pero antes de entregar el refresco, el angel lo ponía en uno de los platillos de un peso y el alma lo pagaba echando moneditas en el otro hasta que la balanza estaba en el fiel.

El tío Bufetas se acercó tambien á beber y el ángel le alargó la mano.

El tío Bufetas comprendió la indirecta y echó mano á las alforjas. —Tome usted dijo, sacando una moneda de perro.

El angel sonrió con bondad y bajó los ojos.

El tío Bufetas comprendió la pifia y sacó una peseta.

El angel volvió á sonreír.

El tío Bufetas sacó un duro.

El angel sonrió por tercera vez.

—¡Canastos! pensó el tío Bufetas, ¡que cara es esta gente! y echando las alforjas al suelo sacó de ella una pelucona que brillaba como el sol á punto de ponerse.

—Amigo mio, dijo entonces el ángel; no se moleste usted: esas monedas aquí no pasan.

—¡Que no pasan! pero señor si son de oro legítimo!

—Pues no pasa ese oro.

—¿Y los billetes?

—Tampoco.

—¡El dulcísimo nombre de Jesús! exclamó el viejo con la lengua seca como un palo, pero ¿por qué razón no pasan estos valores?

—Por que *no pesan*; contestó el ángel.

—¿Que no pesan?

—No, hijo mio, no pesan. Haga usted la prueba si usted gusta.

El tío Bufetas con los ojos desencajados por la sed, sacó un puñado de monedas, las echó en la balanza de la gloria y el platillo no se movió.

El tío Bufetas se quedó estupefacto. Agujoneado por la sed volvió á abrir la alforja y metiendo no una, si no las dos manos, las vació en el platillo sin lograr mejor fortuna.



Entonces fuera ya de sí, cogió las alforjas y con bastón de borlas y todo las echó en el peso llevándose el tercer chasco.

—¡Dios mio! gritó al ver aquello; ¿que es esto que me pasa á mi? ¿Voy á estar en el purgatorio doscientos millones de años hecho un perro rabioso sin poder beber agua con tanto dinero como llevo en las alforjas? ¡Misericordia Señor! ¡misericordia!

—Hijo mio, tranquilícese usted, exclamaba el ángel. ¿Quién sabe si alguna buena alma se acordará de usted y le girará un cuadrantito?

—¡Cál no, señor. ¿Quién me va á girar á mi *cuadreantes*, si en el mundo no hice más que pillerías?

—Hijo, la caridad es muy grande: usted tendrá amigos.

—Si señor, pero los dejé sin camisa.

—Tendrá usted hijos.

—Eran peores que yo.

—Tendrá usted esposa rica.

—Pero mas dura que un bronce. Sin embargo continuó limpiándose una lágrima: ¿me deja usted que baje en un vuelo á la tierra á ver si mi Facorra me deja recoger todo lo que me quedó por allá abajo para echarlo en el peso y hacer romana?

—No hay inconveniente, contestó el espíritu sonriendo.

El tío Bufetas pegó enseguida un aletazo y ardiendo por los cuatro costados cayó á la tierra, se fué á su casa y se metió por la ventana de la alcoba donde dormia su mujer.



—¡Facorra! dijo llamándola.

—¡El dulcísimo nombre de Jesús! gritó la tía Facorra al ver á su marido vestido de llamas. ¡De parte de Dios te pido que medigas quien eres!

—No te asustes mujer que soy yo que vengo por la llave del arcon.

La viuda del avaro que dormia con ella en el seno dió, un grito y cayó desmayada.

El tío Bufetas agarró la llave, abrió el arcon, cargó con todo el oro que habia en él, se lo llevó en un vuelo al purgatorio y lo echó en el peso, pero el peso tampoco se movió.

—¡Dios mio! gruñó el tío Bufetas; pero ¿qué ley mecánica rige en estas tierras que lo que para allí pesa tanto aquí no pese un ochavo de cominos? No; pues yo no me entrego tan ainas.

Y diciendo esto, pegó otro aletazo, se bajó á la tierra y pocos momentos despues subia trayendo de una pata un cochino que pesaba veinticinco arrobas.

El angel se puso serio al ver aquel abuso, pero otro angel le dijo:—Déjalo ¡pobrecillo! que él se convenza por sí mismo de lo que son los bienes de la tierra.

Después de aquel cochino subió otro cocino y despues otro; y despues subió un borrego y despues otro borrego y despues una mula y despues otra y así fué subiendo todos los animales que habia en su casa, que no eran pocos si se cuenta á su mujer y á sus hijos á los que tambien se hubiera subido de las orejas si el ángel se lo hubiera permitido.

El monton de carne que el tío Bufetas echó al peso llegaba á la luna, y el peso no se movia.



Entonces el viejo avaro, cansado de subir al cielo riquezas de la tierra que no pesaban una paja ni servian siquiera para pagar un vaso de horchata celestial, despues de dar mil vueltas por el pueblo sin saber que hacer se sentó en la puerta de la Iglesia y se puso á llorar.

Era de madrugada y empezaba á rayar la aurora.

El sacristan despues de tocar á misa acababa de abrir la Iglesia y andaba espabilando las lámparas.

Por la esquina de la calle se vió venir un bulto negro que avanzaba lentamente.

Al verlo el tío Bufetas dió un salto y escapó como si le hubiese picado un escorpion.

—¡La Pelacha!—gritó ocultándose entre las sombras.

La Pelacha era la viuda del hombre á quien el viejo usurero habia hecho más daño durante su vida de gavilan.

El marido de aquella infeliz era un labrador acomodado; el tío Bufetas le habia hecho un prestamo y con aquel tuvo bastante para arruinarse y perder no solo la hacienda sino la paz, la salud los hijos y la vida, pues los disgustos y los pleitos, sumándose con la miseria acabaron con aquella familia, dejándola redu-

cida á un solo individuo, la tía Pelacha, momia de pergamino que, solo conserva los ojos para llorar, el alma para sufrir y el corazón para perdonar.

Desde la sombra del portico contempló el tío Bufetas á su víctima y al verla llorar sintió que le subía á la garganta un caldo por el estilo del que hierve en el centro del sol donde el diablo llena todas las mañanas la cafetera para hacerle el desayuno á los parroquianos.

La tía Pelacha pasó por delante del tío Bufetas sonando las cuentas de su gastadorosario, entró en la Iglesia, se dirigió á un altar en que habia un cuadro de las ánimas benditas pintadas con almagre, y después de orar por su mayor enemigo dejó caer en un cepillo desvencijado una monedita de cobre diciendo:



—¡Señor! por el alma de aque. desgraciado que tanto daño me hizo, para que Vos le perdoneis, como por amor vuestro le perdono yo,

Oír el tío Bufetas el ruido del metal, lanzarse al cepillo abrirlo con los dientes, tomar el ochavo y subirse al purgatorio fué todo como un relámpago.

Al llegar todo habia cambiado; los ángeles cantaban, los serafines sonreían, los querubines revoloteaban á su rededor rozándole el rostro con las alas.

—Pero ¿qué es esto? preguntó el tío Bufetas lleno de admiración.

—Hijo mio, contestó un ángel, es que traes en la mano el oro de Dios, el oro del amor y de la abnegación que es la única moneda que pasa en este mundo. Échalo, échalo en el peso y veras lo que vale.

El tío Bufetas echó en el peso el ochavo de la tía Pelacha, y en el acto, inclinándose



se el platillo, no solo quedó pagado el refresco, sino que el alma del infeliz avaro pudo subir ya al cielo á gozar de Dios por toda la eternidad dejando rotas en la tierra todas las cadenas que habían aprisionado su codicioso corazón.

ADOLFO CLAVARANA.

Regalo de Reyes.

Ya ha pasado Navidad ya vienen los Reyes Magos montados en sus camellos con sus cetros y sus mantos.

Vengan capazos y cestas, ¡corramos á saludarlos! pues fuera cosa mal vista, á unos monarcas tan guapos, no salir á recibirles cual corresponde á su rango.

—¡Bien venidos, Santos Reyes!

—¡Dios os guarde, Soberanos! ¿qué tal ha sido el viaje?

—¿Algo frio?

—No es extraño; si venís siempre en Enero que es el mes de los catarros; mas, pronto acabará el frio pues en llegar al establo al calorcillo del buey os calentareis las manos.

¡Vaya!, ¡vaya!, bien venidos; recibid nuestro agasajo. y vengan esas alforjas porque ya estamos rabiando por ver oler y gustar lo que traéis este año.

De seguro nos traeréis los consabidos regalos aquellos que cuando niños esperábamos saltando y poniendo en el balcon bandejas, cestas, capazos,

gorras, sombreros de copa y hasta pares de zapatos. ¿No es esto D. Baltasar? ¿Decís que nó? ¡como! ¿Acaso perdimos las amistades? ¿acaso ¡oh! monarcas Santos se ha estinguido ya el amor en vuestros pechos hidalgos? ¿Decís que tampoco? Entonces ¿quién entiende este tinglado? vamos, decid que traéis.

—Hijos, unos pocos látigos.

—¡Santos Reyes! ¿os burláis de estos pobres desterrados? Pues si es broma, es muy pesada y solo os la perdonamos con tal que abrais las alforjas y sacando los canastos nos mostreis lo que contienen.

—Pues, hijos, lo dicho: látigos.

—D. Melchor, no lo creemos nos quereis dar un bromazo. Sin duda venís alegres de pensar en el muchacho. Vamos, vengan las alforjas y abrámoslas en el acto, «Una, dos, tres, ¡Santo cielo! ¡látigos!, ¡látigos!, ¡látigos!!!

—¡Y que espantosas raberas!

—¡Y qué pedazos de mango!

—¿Pero es posible, ¡oh monarcas vengais de Oriente cargados de trozos de palitroque? ¿Pues qué en España no hay palo Mirad que en esta nacion en muy poquísimos años hemos tenido tormentas, inundaciones, estragos, terribles enfermedades con el nombre de trancazo que se llevaban las gentes por cientos al otro barrio, y además, guerras, motines, incendios, crímenes bárbaros con que manos infernales nos tienen amedrentados, ¿os parece poca leña?

—Pues, aún os faltan leñazos

—Pero señores, si ya no nos resta hueso sano, si no tenemos camisa, si ya no nos queda un cuarto, si el pan anda por las nubes, si vivimos apurados, si aquel que trabajo busca tan solo encuentra *trabajos*, ¿aún quereis otros castigos? ¿Pero es que quereis matarnos

¡Ay monarcas celestiales! nosotros que os esperábamos con los dos brazos abiertos y el corazón palpitando de esperanza y regocijo

ansiendo felicitaros,
¿así pagais la ternura
de nuestros pechos cristianos?

Al oír esto los tres Reyes
paran los tres dromedarios
y levantando los cetros
esclaman con rostro airado:

—Señores, callense ustedes
que son ustedes muy asnos.
Tragapanes infelices
¿acaso habeis olvidado
que las penas y dolores
son el pan de los ingratos?
y que el cielo con ser cielo
nunca hará mejor regalo
á quien la espalda le vuelve
que pegarle un latigazo?

Aquella España inocente
que en los tiempos que pasaron
á Jesús niño adoraba
¿Dónde está? decidlo, vamos.
¿Dónde están los hombres fieles,
dónde los hombres honrados
á los que el cielo ha ofrecido
paz en la tierra? ¡Canastos!
Si ya no hay más que gandules
¿cómo queréis que traigamos
otra cosa en las alforjas
que dos docenas de palos?
El loco dice el refran
que á golpes se vuelve sabio.
Con que vano es hijos míos
que alboroteis el cotarro,
palos habeis de tener
mientras andeis jorobados,
pues es cosa bien sabida
que Dios nunca ha sido manco,
y que para hacer justicia
tiene lindísimas manos.

Ya ha pasado Navidad,
se fueron los Reyes Magos
y nosotros pensativos
nos quedamos exclamando:

«Pues Señor, llegó la hora
de liquidar los atrasos.

ADOLFO CLAVARANA

UN DISCURSO DE VICTOR HUGO

QUE VALE POR MIL

«Tenemos en nuestros tiempos, una
desgracia, casi diré no más que una, y es
cierta tendencia á no preocuparse de lo
que hay más allá de esta vida. (Sensación.)

»Al no conceder al hombre más, fin ni
más aspiraciones que la vida terrena y
material, se agravan y agigantan todas
sus miserias; el peso insoportable de la
nada acaba de aplastar á los desgracia-
dos; y lo que no era más que sufrimiento,

ó sea la ley de Dios, conviértese en des-
esperación; en la ley del infierno. (Sensación.) De ahí arrancan profundas convul-
siones sociales.

»¡Ciertamente, yo soy de aquellos que
quieren, y nadie en este recinto lo duda-
rá, soy de aquellos, repito, que quieren, no
digo con sinceridad, la palabra es muy
débil, quiero con ardor inexplicable, y
por todos los medios posibles, mejorar en
esta vida la suerte material de los que su-
fren; pero la primera de las mejoras es no
quitarles la *esperanza!*

»¡Cuánto no disminuyen nuestras mise-
rias percederas, si van unidas á una es-
peranza infinita! (Muy bien.)

»El deber de todos nosotros, lo mismo
los legisladores que los Obispos, los sacer-
dotes que los escritores, es el de repartir,
de gastar, de prodigar toda la energía so-
cial para combatir y destruir la miseria
(muy bien en la izquierda), haciendo le-
vantar al cielo todas las cabezas (aplausos
en la derecha), dirigiendo todas las almas
y convirgiendo todas las aspiraciones há-
cia una vida superior, en que se nos hará
completa y estricta justicia.

»Digámoslo bien alto; nadie habrá in-
justa ni inútilmente padecido: la muerte
es una restitución. (Muy bien.)

»La ley del mundo material, es el equi-
librio; la ley del mundo moral, es la equi-
dad. Dios es el fin de todas las cosas. No
lo olvidemos enseñémoslo á todos. No
valdría la pena de vivir; no habría digni-
dad en la vida, si debiésemos morir com-
pletamente. Lo que aligera el sufrimiento,
lo que santifica el trabajo, lo que forma al
hombre valeroso, bueno, prudente, justo y
paciente, humilde y grande á la vez, digno
de la inteligencia, digno de la libertad, es
tener ante sus ojos la perpétua vision de
una vida mejor, que ilumina las tinieblas
de su existencia.»

Estas palabras, las pronunció Victor
Hugo en el parlamento frances hace 50
años. Por haberlas olvidado todos y él el
primero, es por lo que hemos venido á pa-
rar al estado social en que hoy nos en-
contramos.

Los enemigos con sus confesiones nos
ahorran muchísimo trabajo.

Y sin embargo, siguen con los ojos ce-
rrados, contradiciendo sus palabras con
sus obras.

¡Qué misterio!

Siguen las confesiones.

Veán nuestros lectores los siguientes pár-
rafos de una carta que D. Eusebio Blasco cé-
lebre autor de *Los Curas en camisa* ha diri-
gido desde Paris á *El Liberal*, hace muy po-
cos dias.

«En estos países libérrimos, en estas gran-
des ciudades, el pueblo no es religioso. No
 Cree en nada, y por consiguiente, nada le
contiene para ir hasta el crimen.»

La lectura hace mas daño que todos los
venenos descubiertos hasta la fecha.»

»Los periódicos modernos, desde que hay
libertad absoluta de imprenta, hacen más
victimas que todas las epidemias juntas.»

«Con la publicidad que se dá á los críme-
nes y á los criminales, se crean criminales
como quien cria espárragos. El que no pue-
de llegar á la notoriedad por su talento, quie-
re llegar por sus crímenes, porque el afán de
parecer y de levantar figura es la lepra de
nuestro tiempo.»

«La humanidad progresa mucho, mate-
rialmente; tiene vapor, electricidad, teléfo-
nos, remedios para todas las dolencias, má-
quinas para todas las necesidades; pero no
progresa moralmente.»

¿Y quién tiene la culpa de esto, señor
autor de *Los curas en camisa?*

En fin, ¡gracias á Dios! que empiezan us-
tedes á conocer que la famosa libertad de
imprenta que de tanto han abusado es la cau-
sa principal de los males que nos afligen.

Todo es empezar.

Pero ¿cuándo acabaremos? ¿Cuándo ren-
dirán ustedes justo tributo á la lógica po-
niéndose de acuerdo con ustedes mismos?

BIBLIOGRAFIA

CIENTO CINCUENTA MILAGROS ADMIRABLES
de Nuestra Señora de Lourdes, coleccionados según los
documentos más auténticos, por Monseñor de Segur.

Consta de dos tomos esmeradamente impresos. Va
adornada con una magnífica lámina grabada en acero, y
se expende á 3 pesetas en rústica, y 4'50 en tela, en la
Llibrería y Tipografía Católica calle del Pino núm. 5 Bar-
celona y en casa de los corresponsales de la misma.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre
el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándo-
la bajo formas amenas y ligeras para que se propague
más facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones,
cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de
cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el
accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, ope-
rarios, feligrases, etc. ó manda distribuir por las aldeas,
huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos
penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion
mensual, siendo para la peninsula.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, admini-
strador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse
también la suscripción en Madrid en la administracion
de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías
católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.